

## ¿Cómo enfrentar cristianamente los cambios?

El mundo, la Iglesia y la Compañía de Jesús han cambiado profundamente en los últimos 60 años. Articular armónicamente el pasado con la actualidad enriquece mucho, pero supone un trabajo arduo. Por de pronto, es necesario integrar en el proceso cambio de cultura de nuestra época la vida personal y de las instituciones a las que uno pertenece. No podemos ser observadores externos.

Por la gracia de Dios estuve presente en lugares y momentos muy significativos de esta evolución. Viví en Roma cuando se celebraba el Concilio. Ahí aprendí dos cosas fundamentales: hacer todo lo posible por volver a las raíces de la fe cristiana y a la vez procurar entender y dialogar con la cultura actual. También estaba en Roma cuando se celebró la Congregación General XXXI (órgano supremo de la Compañía de Jesús) que introdujo las normas de ese concilio en nuestra orden y se eligió como superior al P. Pedro Arrupe S.J. un hombre de nuestro tiempo que vivió en Hiroshima la Bomba Atómica.

Trataré de compartir mi visión como cristiano, religioso, ciudadano y sociólogo frente a las nuevas perspectivas.

Comienzo con una frase de San Agustín. Alguien le dijo que los tiempos que se vivían entonces eran muy malos. El santo le respondió: “Verdaderamente los tiempos son malos, pero cambia tú y cambiarán los tiempos, porque el tiempo eres tú”.

Esa frase me ha hecho pensar para no caer en el desánimo y no estar echándole la culpa a otros.

Tengo que saber vivir en este tiempo complicado. Eso puede darme una nueva oportunidad de encontrarme con Jesús.

Sé que soy testigo de alguien que no es fácil de entender. Jesús dijo: “la paz les dejo, mi paz les doy” pero en el mismo evangelio señaló que venía a traer fuego a la tierra. De hecho, miles de sus seguidores más fieles padecieron el martirio por anunciar un mensaje de paz y amor.

Con su vida y su enseñanza Jesús nos dio muchos elementos para comprender el misterio del ser humano. A lo largo de la historia, sobre todo en los momentos de crisis, muchas veces nos hacemos la pregunta que el salmista le hizo a Dios en el Salmo 8: “*¿que es el hombre para que te acuerdes de él; el ser humano para que de él te ocupes? Lo hiciste apenas inferior a un dios, le diste poder sobre las obras de tus manos, todo lo pusiste bajo sus pies*”.

Para responder a esta pregunta normalmente usamos el lenguaje que hemos recibido y la antropología y categorías filosóficas existentes. Pero hoy eso nos parece insuficiente.

Los evangelistas tuvieron que escribir el evangelio en griego para difundir por el imperio romano la Buena Nueva. Era necesario abandonar el arameo para hacerse comprender. Los primeros grandes teólogos como el mártir Justino, Orígenes, Prudencio, para explicar y defender al cristianismo usaron la filosofía y la antropología griega. Lo mismo sucedió con los primeros concilios. Eso formó parte de la cultura cristiana, pero hoy para muchos eso es ininteligible.

Aristóteles afirmó que el hombre es esencialmente animal, social, racional y político. La antropología de los griegos analizaba la naturaleza considerando que el hombre y la mujer eran vivientes que compartían con los animales el núcleo de su ser. Inspirados en esa definición nosotros nos centramos en la ley natural para orientar y normar nuestro comportamiento. Existe, sin embargo, una diferencia profunda entre el ser humano y el animal. Al animal posee una naturaleza dotada de instintos tan fuertes que son capaces de orientar toda su existencia, su reproducción y su vida común. No necesita un proceso de formación porque su naturaleza se desarrolla naturalmente.

Los hombres y mujeres nacemos con la mochila vacía, necesitamos un complemento pues no nos bastan los instintos. La familia y la sociedad llenan esas mochilas con lo que llamamos cultura que puede ser diversa según las circunstancias. Sin embargo, con el tiempo, olvidamos que la cultura es una creación humana y llegamos a creer que es parte de la naturaleza.

Por naturaleza tenemos la capacidad de hablar, pero necesitamos que se nos regale un lenguaje determinado. El castellano y el inglés no son parte de la naturaleza. Todos nuestros comportamientos y nuestra manera de mirar el mundo están marcados por la cultura que es algo añadido. Estar peinados, vestarnos etc. no es algo natural por eso cambia nuestro modo de peinarnos, de vestarnos, de vivir en sociedad. La cultura va cambiando con el tiempo y según las circunstancias nos vamos adaptando paulatinamente. Pero, cuando esos cambios se aceleran y son más profundos quedamos muy desorientados.

Todos los grupos humanos poseen su propia cultura que sin darnos cuenta se va enquistando como si fuera parte de la naturaleza.

Lo complejo de un cambio de época es que todo lo que se daba por seguro, por natural y lógico se pierde. Nos vemos obligados a redefinirnos, a asumir una nueva cultura. Herman Hesse en su libro *El Lobo Estepario*. En una conversación de Haller, el personaje principal, con su secretaria, ella le dice que la edad media fue terrible. El le responde que todas las edades tuvieron cosas positivas y negativas, pero que lo más duro es cuando hay un cambio de época; cuando se suman simultáneamente una serie de acontecimientos, nuevos descubrimientos e inventos. Entonces la cultura compartida se diluye generando un gran desconcierto. Surge una época nueva.

Los pueblos primitivos tenían una visión circular del tiempo como escribió Mirciea Eliade. Ellos pensaban que la historia se repite como las estaciones del año. Nosotros tenemos una visión del tiempo que avanza sin retorno. Sin embargo, esa marcha tiene quiebres, como nos señaló Hesse.

En la segunda parte del siglo XVI se inventó la imprenta, se descubrió que la tierra no es plana y que no es el centro del universo, se descubrió América y nuevas rutas marítimas para llegar al Asia.

Todo eso desbarató la cultura medieval y se acabó la edad media. Durante el Renacimiento se quebró la iglesia. En esa época nació San Ignacio, y por eso para él fue clave el discernimiento, para buscar la verdad en medio de este desorden.

En un cambio de época hemos de tener cuidado de no quedar vueltos al pasado, aferrándonos a una cultura decadente. Pero, hemos de estar también atentos para no perder el rumbo. Stefan Zweig, en

un libro acerca de los cambios del mundo escrito en 1930 señala cómo el motor, el telégrafo y una serie de descubrimientos durante el siglo XIX cambiaron la velocidad del tiempo y. Él pensaba entonces, hace noventa años, que ya no podíamos acelerarnos más. Ciertamente estaba en un error.

Hoy, como dice el poeta “todo pasa y nada queda... todo lo nuestro es pasar”. Es fácil desorientarse. Peter Dawson en su libro “El pensamiento del siglo 20”, resume todos los descubrimientos, inventos y cambios producidos en ese siglo no sólo en el pensamiento sino en las artes visuales, la arquitectura, la música. Se universalizaron la radio y el teléfono, llegó la televisión, el computador. el internet, el celular. Se quebró la cultura capitalista y se redefinieron las clases sociales, Hoy vivimos una cultura globalizada de la información y las comunicaciones.

Los griegos dicen que ordenamos la mente y la historia con las categorías de espacio y tiempo, pero el tiempo se aceleró de tal manera que prácticamente cortó todas las raíces y no hay tiempo para pensar en el futuro. Somos un aquí y ahora. Algo semejante pasó con el espacio. Nuestros parámetros para ubicarnos cambiaron.

Con respecto al espacio ha ocurrido una transformación semejante a la del tiempo. Se acortaron las distancias no sólo por el avión, sino que hoy día en la casa más pobre, en el barrio más apartado hay un televisor y probablemente un computador. Con eso el mundo entero está metido dentro de todos los hogares. Se puede ver simultáneamente lo que está sucediendo en todo el mundo. Sentados en el living de la casa podemos presenciar un partido de futbol que se juega en Moscú. Cuando llegaron los Jesuitas a Chile en 1593, a veces había que esperar más de 3 años para que llegara la respuesta de una consulta a Roma. Actualmente la comunicación es directa e inmediata. Este cambio es brutal y puede ser desconcertante. Pero, como toda crisis, si se enfrenta correctamente, puede abrirnos enormes posibilidades. Esto nos obliga a cambiar nuestra visión y a reformular nuestro mensaje.

Debemos procurar ser fieles al Evangelio y escuchar al Concilio que nos pide reencontrar nuestras más profundas raíces cristianas para darle actualidad a la expresión de la fe.

A los mayores nos enseñaron en el catecismo los 10 mandamientos de la ley de Dios y los 5 mandamientos de la iglesia. No nos dijeron que Jesús les dio a los discípulos en la última noche de su vida un mandamiento nuevo que es el corazón de su mensaje: “ámense como yo los amo”. Es decir, amen como yo amo. Él nos invita a amar hasta morir por los demás.

Además de este mandamiento nuevo, uno de los mayores aportes de Evangelio de Jesús es su visión de lo sagrado que invierte y transforma de raíz el concepto tradicional. Por su esencia el Dios cristiano es misericordia, cercanía y amor.

Antiguamente lo sagrado era, en todas las religiones primitivas, algo alejado, atractivo y misterioso, tremendo y en cierto modo amenazante. No se podía tocar porque era quemante, era algo tabú a lo que se debía ofrecer sacrificios para alcanzar su benevolencia. Desgraciadamente el templo de Jerusalén se convirtió en el lugar de lo sagrado porque la presencia Dios estaba de algún modo encerrada, en el Sancta Sanctorum, un lugar impenetrable. Para resguardar ese sitio se antepusieron cuatro patios. Al primero tenían acceso los gentiles que no podían seguir más adelante. El segundo

patio recibía a todos los judíos, pero las mujeres tenían que permanecer ahí. La Virgen, que tuvo a Dios en su vientre, no podía avanzar más. El tercer patio era para los varones. Jesús para encontrarse con su Padre tenía que quedarse ahí estancado. Solo los sacerdotes podían entrar al cuarto patio. En el quinto estaba el impenetrable Sancta Sanctorum donde estuvo el Arca de la Alianza hasta que ella fue robada. Ese patio estaba separado por el famoso Velo del Templo. A él sólo una vez al año entraba el sumo Sacerdote a ofrecer un sacrificio. Simbólicamente los evangelios sinópticos nos dicen que al momento de morir Jesús se rasgó el velo del templo. En la visión cristiana eso significa que Dios salió del encierro. A Dios lo podemos encontrar en todas partes y relacionarnos con Él sin barreras. Para las religiones primitivas a lo sagrado se avanzaba haciendo penitencias y ofreciendo sacrificio. Para Jesús, por el contrario, lo sagrado viene a nosotros, es cercano, misericordioso y paternal. A Dios se lo puede encontrar y amar en todas las cosas como dice San Ignacio.

Podemos estar con Dios en nuestra vida de cada día, en el trabajo, en el juego infantil, en las noches de insomnio, en nuestras penas y alegrías. San Pablo en 1 Corintio 10.31 dice: “sea que comáis, que bebáis, o que hagáis cualquier otra cosa, hacedlo todo para la gloria de Dios”. Eso permite santificar lo cotidiano.

En los primeros siglos los cristianos no tuvimos templos. La cena de Señor se celebraba en el comedor de las casas. Las comunidades fraternales eran el núcleo viviente de la Iglesia. Cuando Constantino se convirtió, nos apoderamos de los templos paganos y los transformamos en iglesias...pero inconscientemente fuimos reintroduciendo la visión antigua de lo sagrado. Llenos de respeto y veneración fuimos alejando a Dios. La hostia no se podía tocar, no se podía hablar en el templo, multiplicamos las penitencias y sacrificio para que Dios nos oyera. Generamos ritos rigurosos, solemnes y a menudo lejanos. Nos asemejamos a las religiones tradicionales.

Descuidamos que el anuncio de la venida del reino Dios supone un profundo compromiso para generar una sociedad de hermanos que se aman, donde los pobres son respetados, donde hay solidaridad, justicia, paz y humildad

A finales del siglo XIX la Iglesia comprendió que su misión no se limitaba a fomentar la piedad personal. Tenía que ser la levadura de una nueva sociedad justa y solidaria. Por eso, como parte muy esencial de su enseñanza formuló la doctrina social de la Iglesia. Sin pretender convertirse en una fuerza política o en una fuente de poder enseñó que los cristianos no podían despreocuparse de lo político, de lo económico y sobre todo de lo social.

El Papa León XIII escribió la Rerum Novarum, una encíclica dedicada a la doctrina social de la Iglesia, dialogando con la cultura industrial capitalista, en la cual, según Marx, el capital se enfrenta al trabajo constituyendo dos clases sociales antagónicas. Frente a esa situación de explotación y de lucha propuso un mensaje de justicia y de fraternidad.

Todo eso quedó sobrepasado. Hoy día existe un capitalismo financiero en el cual el más rico de los ricos no tiene ni un solo obrero, tiene fondos accionarios. Este capitalismo financiero es en buena parte fruto de las comunicaciones y la información que definen la cultura actual. En esta economía

financiera un capitalista con un clic en el computador puede sacar todo su dinero de un país y enviarlo a otro.

Se han redefinido las clases sociales y las relaciones humanas, como lo muestra Touraine en su libro *El Fin de las Sociedades*. Hoy las clases sociales no se definen por el dinero, sino por el saber y lo más pobres pueden estar bien informados, son más conscientes de su dignidad y tienen su propia opinión sobre lo que acontece en su país y en el mundo. De hecho, constituyen una clase media más masiva y con mayores expectativas. Sin embargo, esta situación produce también inconformismo y rabia cuando una sociedad no reconoce esta nueva realidad. La estructura de las ciudades, la desigualdad de oportunidades se convierte en algo explosivo. Eso se manifestó en Chile en el estallido social de octubre del 2019 donde a pesar de los enormes progresos que se habían alcanzado seguían las discriminaciones. El mismo progreso desequilibrado provocó la rebelión, el sentimiento de una dignidad no respetada.

Esta profunda mutación cultural ha obligado a repensar y a actualizar la doctrina social de la Iglesia para que los cristianos podamos enfrentar la nueva realidad. El Papa Francisco en su encíclica *Fratelli Tutti* nos ofrece una notable puesta al día del pensamiento social de la Iglesia. Como respuesta al título de estas páginas haremos un breve resumen de esta encíclica.

La *Fratelli Tutti* tiene 8 capítulos y el primero es un análisis precisamente de la cultura que estamos viviendo. Se nos muestra el tremendo individualismo, la competencia, la pasión por el consumo y el problema del sentido de la vida y de la soledad.

En el segundo capítulo expone la clave de toda la doctrina social: la parábola del buen samaritano. En esa parábola hay cuatro actores: los que atacan, la víctima, los que pasan de largo y el que se detiene para socorrer al caído. Cada uno de nosotros en su vida ha sido uno de esos cuatro personajes. Es interesante analizar nuestras diferentes actitudes. Frente a la cultura actual, egocéntrica, competitiva qué notable ese samaritano que se detiene en el camino, y hace todo lo posible para auxiliar al caído.

En la sociedad actual, en los negocios hay mucha competitividad y hay violencia de palabra y de hecho. Muchos buscan sólo su provecho, todos en algún momento son atacantes y los otros son víctimas. Es importante analizar cómo me comporto en cada situación. Si soy víctima ¿Respondo con la misma moneda o quedo amargado y resentido? Muchos no se preocupan de los demás y pasan de largo cuando alguien los necesita. Pero también hay quienes son un apoyo para los otros. ¿Como ser hoy un buen samaritano?

Después de estos dos primeros capítulos introductorios, vienen seis capítulos que exponen la doctrina social de un modo muy diferente a la manera de cómo se explicaba antes.

El tercer capítulo se orienta a pensar cómo gestar en un mundo nuevo, abierto sin exclusiones, donde el amor se expanda. Se pretende instaurar derechos y responsabilidades sin fronteras respetando la diversidad. El tema de los migrantes es muy importante. Un ser humano está hecho de tal manera que no se realiza, no se desarrolla ni puede encontrar su plenitud «si no es en la entrega sincera de sí mismo a los demás».

En el capítulo cuarto se insiste que para desarrollar una comunidad mundial fraternal donde los pueblos y naciones vivan en amistad social hace falta desarrollar la mejor política puesta al servicio del verdadero bien común. En cambio, desgraciadamente, la política hoy con frecuencia suele asumir formas que dificultan la marcha hacia un mundo distinto. Hace un interesante análisis de la política oponiéndose a todo ideologismo o inmediatismo.

Hoy día es curioso, pero se discute hasta el concepto de bien común y en este contexto el Papa habla de dos peligros muy grandes que atentan contra el bien común: el inmediatismo de la cultura actual y el populismo.

Como el tiempo se ha acelerado, muchos centran en el momento actual y no dan tiempo al tiempo. Creen que la perfección se puede alcanzar inmediatamente sin un proceso. Esto destruye toda política seria. Manheim habla de la utopía absoluta que es aquello absolutamente inalcanzable y habla también de la utopía relativa, que hoy parece imposible de alcanzar pero que con esfuerzo y planificación se va haciendo posible. Ahí está la genialidad de un buen político: hacer posible lo que parece imposible. Eso requiere tiempo.

El cristianismo incluye la esperanza aun en las mayores dificultades.,

En el capítulo sexto habla de la amistad social que debe estar presente en todas las relaciones. Esta expresión no estaba en la antigua doctrina social de la Iglesia. El papa ahora insiste en la amabilidad, el pedir perdón, el pedir permiso, el dar las gracias. Eso comienza en el propio hogar y debe extenderse hasta las relaciones internacionales. Es parte de la educación cívica y civilizada.

Finalmente hay dos capítulos muy importantes para nosotros que son la sanación y el reencuentro. Donde hay seres humanos puede haber conflicto, por lo tanto, es muy importante insistir en la idea del perdón, que no es lo mismo que el olvido. Hay que analizar muy bien lo que es el perdón, la sanación del rencor. El primer beneficiado con el perdón es la misma víctima. Su esencia es no tomar venganza y sino desear el bien al otro. Eso no significa olvidar. Es claro que hay cosas que no se pueden olvidar como la muerte de un hijo. El castigo no es lo mismo que la venganza y en ocasiones es indispensable en función del bien común pero no es tarea del ofendido precisamente para que no sea venganza sino reordenamiento de la vida social.

La encíclica habla también del reencuentro, de reinventarse, rehacerse, para seguir adelante. El Papa dice que algunos conflictos son legítimos y que lo importante es cómo los enfrentamos. El hecho que los problemas no se resuelvan, que se escondan o entierren, pueden hacer mucho mal.

Lo mismo si se usa la violencia.

En el último capítulo el papa nos muestra el rol de las religiones en este enfrentamiento al mundo actual. Nos pide que aprendamos de la historia y no sigamos peleando, no usemos la violencia y por el contrario debemos darle trascendencia a la vida humana. El cristianismo es muy importante en ese sentido



Nosotros como cristianos tenemos la responsabilidad de representar un rostro de Dios que sea creíble. que sea verdaderamente capaz de darle sentido a la vida y devolvernos la fraternidad ente nosotros.

Nos solicitaron que hiciéramos una reflexión para enfrentar el mundo actual con todos sus desafíos.

Hicimos una reflexión antropológica, hablamos de la cultura para abrirnos a los cambios sin perder el rumbo y finalmente una breve exposición de la encíclica Fratelli Tutti que enfrenta la cultura moderna. Conviene leerla y meditarla.

Fernando Montes S.j.